

Sección VII

Arquitectura y cooperación

Arquitectura: el reflejo de una sociedad

Ignacio Cortés Aquino, Grupo Alfarje.
Dirección: Carlos Cándido Fraile Casares

Los arquitectos han estado emitiendo su mensaje en un código privado, carente de significado y valor para la mayor parte de los habitantes de sus edificios, exclamaron Charles Moore y Kent Bloomer en su libro *Cuerpo, memoria y arquitectura*. Estas palabras a buen seguro serían hoy respaldadas por un gran sector de la sociedad actual, para el que la arquitectura en cualquiera de sus vertientes es motivo de controversia, de forma que se establece una especie de lucha constante entre sus objetivos y los que la arquitectura les brinda.

Quizá tenga razón Guillo Dorfles, cuando en 1.962 expresa que «la arquitectura debe evolucionar de forma que esta se semantice, o sea, que justifique cada creación nueva por medio de la adopción de formas, que semánticamente sean obvias y de comunicabilidad bien clara.» Ocurre sin embargo, que el arquitecto hoy y a lo largo de la historia, siempre ha pretendido precisamente eso, establecer nuevas formas por y para la sociedad, buscando una cooperación directa con ésta y creando con sus edificios y planes urbanísticos, búsquedas para una mejora de la calidad de vida del hombre.

De hecho en las conclusiones generales del Congreso de Arquitectos de España en Barcelona, celebrado en Julio de 1.996, se establece que el objetivo del arquitecto «es el servicio a la sociedad en defensa de los intereses y exigencias de ésta, con la mejora de la calidad del producto final, desde la preocupación por lo social, el respeto al medio ambiente natural y al urbano, con la defensa de sus valores históricos y artísticos.» El problema me temo, es que esos objetivos no son entendidos por cada individuo, de forma que cuando logra entablar el diálogo con las arquitecturas que buscan nuevos objetivos, ha pasado tanto tiempo que ésta le vuelve a pedir un nuevo esfuerzo para entender otras metas que amplíen las anteriores.

Y es que esos saltos cualitativos en las formas, ideas, materiales o técnicas han sido los que poco a poco han ido cultivando al hombre desde el principio de la historia, han abierto sus expectativas y le han dado una calidad de vida cada vez mejor a la que mantenían en una época pasada, formas de vida más humanas y de mayor equilibrio en todas sus facetas.

Como en todas las disciplinas, revisar la historia de cada una de ellas, es un buen ejercicio para comprender el por qué de la situación actual que presenta. Y en la historia de la arquitectura, la pintura, la escultura y del arte en general, existen innumerables casos en los que se observa como esos saltos de calidad arquitectónica o compositiva, han supuesto un rechazo tajante de toda o parte influyente de las sociedades de su tiempo y a la vez una aceptación total, transcurridos unos plazos de comprensión más o menos largos dependiendo del periodo que tratemos.

El proceso siempre ha sido similar y cíclico, a saber: periodos de tiempo en los que los valores de la sociedad están en declive, las instituciones pierden respeto y nuevas voces piden paso a una nueva etapa. En ese momento, se repite también la figura de un arquitecto o grupo en torno a la arquitectura que toman la bandera del cambio, con una teoría que tiene su expresión objetiva en el edificio, y con unos postulados que de forma puntual son desechados en principio como ininteligibles y que años más tarde, a veces

casi un siglo, se toman como usuales. Tan usuales que cuando estos sean cuestionados más adelante por otro grupo de artistas, toda una sociedad en pleno protestará en un inmovilismo cerrado y convencido. Citar algunos casos concretos nos dará luces para luego llegar a nuestra era y observar que esto ha vuelto a suceder entorno a nosotros.

Es indudable que las culturas prehelénicas se mantuvieron intactas y herméticas en toda su duración, sin cambios en sus estructuras, sin influencias exteriores y sin movimientos jerárquicos. Ahora bien, desde la cultura egipcia a la persa, pasando por Mesopotamia, Asiria, Creta y el Peloponeso, la manifestación más clara de su apogeo fue la actividad arquitectónica, y fueron sus arquitectos los que desarrollaron en ellas los ideales que cimentaban sus culturas y que se resumían en el culto a las deidades. Debido a esa inmovilidad las evoluciones fueron imposibles y las visiones del hombre tan lineales que esas arquitecturas fueron el único referente estético, ayudadas por la escultura en puntos de las mismas. Pero a pesar de esto, existía un único contacto con el exterior que se manifestaba en forma de cambios en los templos, influenciados por culturas cercanas, de forma que la culturización y enriquecimiento del hombre se da a través de nuevas imágenes importadas del exterior a modo de saltos cualitativos en sus formaciones; se puede decir que el arquitecto a través de su obra es el único medio de enriquecimiento y apertura cultural a lo largo de casi 50 siglos.

Siglos más tarde podemos observar de nuevo la influencia del arquitecto en la culturización de su sociedad, con la implantación del Románico en los siglos XI-XII. En este movimiento cultural, la sociedad feudal y la primera unificación de la Iglesia Católica, establecieron las bases teóricas de un nuevo orden unitario del mundo. Este orden se centrará en el interior de los monasterios, centros culturales privilegiados de la civilización, en los que se desarrolló la evangelización sobre el marco incomparable de las peregrinaciones. Pues bien, el arquitecto escultor fue el maestro románico, el encargado de forjar en la realidad de los edificios monacales este orden establecido, de representar las ideas de forma que todo el poder culturizador, se basó en la representación escultórica de las enseñanzas del Evangelio, implantadas en puntos de arquitecturas con inmenso valor. Fue el maestro cantero el que plasmó las inquietudes de la sociedad feudal con unas formas concretas y unos elementos que persiguieron una unidad estética en consonancia con la unidad teórica. Este salto en la arquitectura supuso la reunificación de la civilización en Europa tras el dominio árabe, alrededor de edificios que en un principio tan solo secundaron los monjes de Cluny pero que fueron estandarte de esta época durante dos siglos.

El paso del Románico al Gótico volvió a tener al arquitecto como transmisor de una nueva realidad, que establecía una concepción cristiana más humanizada y menos intimidante, con el desarrollo de las ciudades, de la vida mercantil y gremial, y que tuvo en las catedrales las obras del esfuerzo común y cívico. También este paso significó la repulsa a las nuevas formas de toda la comunidad monacal y de los señores feudales pero durante tres siglos se desarrolló sin dificultades, con las hermosas catedrales como símbolos de su nueva realidad. Pero fue la creación del pensamiento renacentista la etapa donde la figura del arquitecto tuvo un valor crucial para desarrollar los cambios tan espectaculares en la concepción del mundo y del hombre.

El drástico cambio nace en la creencia de que el hombre es el centro del universo y como tal él y la naturaleza son los verdaderos ejes de la existencia, se exalta al ser humano en su individualidad, separándose los pensamientos teológicos de los filosóficos. Este ideal fue plasmado por la arquitectura en la vuelta al orden clásico, en la proporción como principio de cualquier actividad, en la profundidad espacial, el movimiento y la

expresividad individual. Por primera vez aparece el hombre universal, creador y humanista que en sus obras lleva la cultura de su entorno y que establece la nueva manera de vivir y de pensar, desarrolla las bases de una nueva sociedad y crea un fuerte impulso de la actividad social. Se crean los primeros planes urbanos, se busca el conocimiento de las ciencias exactas, de la perspectiva, del saber, todo ello desde el impulso de artistas y arquitectos (Miguel Ángel, Leonardo da Vinci, Rafael, Alberti...), que a buen seguro fueron considerados como locos en sus primeras manifestaciones. Baste recordar las palabras de Todo lo que no sea clasicismo antiguo es gótico, esto es, barbarie, brutalidad nórdica. «Además se dio respuesta no solo a las inquietudes individuales, sino que en las obras del Renacimiento se plasmaron las luchas políticas y de territorios, con diferentes escuelas en Milán, Venecia y Florencia, así como a las religiosas de la Reforma y Contrarreforma; en una palabra la arquitectura es fiel reflejo de la cultura en la que se ve inmersa, toma parte de ella y la cambia con rigor.

Las expansiones del Renacimiento por el resto de Europa fueron mezclándose con un gótico tardío, con rasgos territoriales y con culturas diferentes, que cuando quisieron establecer esos órdenes en sus ciudades, en Italia había aparecido ya el Barroco como regeneración de un manierismo recargado, que entusiasmó tras años de dura lucha con un arte ya decadente en la tierra que lo vio nacer. El artista reflejando la sociedad de los siglos XVII y XVIII en la que vive, opta por fuertes cambios exuberantes y decorativos, con recargamientos formales, entre tensiones de volúmenes y masas gigantes. Fiel reflejo de sus pretensiones será la sociedad dieciochesca, llena de excesos, ornamentación y apariencia, en las que la opulencia fue síntoma de belleza y el arte patrimonio de la sensualidad.

Nuevas repeticiones cíclicas en la historia de la arquitectura en los siglos XVIII y XIX, llevaron a la adopción de los neostilos, con vueltas al clasicismo, al romanticismo y a la mezcla de ambos con el historicismo y el eclecticismo. En todas estas tendencias, el arquitecto comienza a definir cada vez menos la sociedad en la que vive, se le escapa la organización teórica de su época y no consigue plasmar en su obra ideales que su sociedad secunde. Es el cisma entre sociedad y arquitectura, entre los ideales y la plasmación de éstos en la realidad del edificio, se comienza a tener una cultura arquitectónica generalizada en la que los estilos los marcan reyes, particulares o modas al margen del arquitecto, que se limita a desarrollarlas con mayor o menor acierto. Fruto de esto comienza a desterrarse la arquitectura de las grandes renovaciones de la civilización y se incluye la política como el factor de cambio en la sociedad y sus ciudades, antes que el desarrollo de la arquitectura.

Con esta perspectiva nos adentramos en el siglo XX en el que el lastre del comentario anterior ha desencadenado una lucha descarnada del arquitecto para retomar la concreción del modelo teórico de la sociedad en la que vive, y plasmarlo en las realidades de la ciudad y sus edificios. Nuestro siglo es un periodo en el que los saltos de calidad han sido mucho más numerosos y constantes, superponiéndose entre si y conviviendo a veces de forma contrapuesta. Concretamente, la arquitectura actual se puede considerar como heredera directa de esas tendencias, tanto que analizándolas podremos entender muchas de las actuaciones de nuestro tiempo. El siglo XX ha acogido el cambio más espectacular de cuantos se puedan ennumerar, precedido por la Revolución Industrial de finales del XIX y reforzado por la producción industrial y las nuevas técnicas de construcción con el hormigón y el acero. A la cabeza de esta transición se colocaron una vez más, arquitectos que intentaron adaptar el mundo de la arquitectura a esta producción en serie. Era un ideal que unió (a través de muchos grupos como el Bauhaus, el Art Nouveau, el Neoplasti-

cismo, el Constructivismo, el Expresionismo e incluso a la escuela de Chicago americana), a muchos profesionales que crearon un nuevo estilo basado en esas técnicas, llamado el Movimiento Moderno.

Este movimiento supuso tal revolución en el campo de lo artístico que todavía hoy se critica o apoya incondicionalmente sus ideas desde la arquitectura, y por supuesto en mayor grado desde la sociedad que nunca entendió sus formas y solo en casos concretos ha podido comprender sus razones. Aún hoy es motivo de estudio en las Escuelas de Arquitectura, conscientes del amplio valor que sus postulados tienen, y es referencia continua para cualquier profesional a la hora de enfrentarse a cualquier proyecto. ¿Que ha pasado pues con la arquitectura en relación con la sociedad contemporánea desde la creación de ese Movimiento Moderno, que tantas expectativas aglutinó y al que aún tomamos de referencia en la arquitectura actual?

Lo cierto es que el Movimiento Moderno intentó expresar en sus obras un culto a la construcción industrial como el modelo que debía orientar toda la creación arquitectónica. Tomó de ella la unidad espacial, la abundancia de luz, el empleo de materiales más fríos y duros, la sobriedad de sus formas y su ligereza; en una palabra intentó plasmar toda una simbología del mundo de la máquina. Este paso necesario y fundamental tuvo el problema de su adecuación a edificios donde la simbología perdía su sentido, como en la vivienda. Así a finales de los 30 había perdido toda su fuerza, y mientras aún se admiraban sus logros, otro grupo de maestros arquitectos (como Alvar Aalto Hans Sharoun, Giuseppe Terragni o José Luis Sert), en las décadas de los 40 y 50 trabajaban en otra dirección. Procuraron que los espacios arquitectónicos tuvieran características suficientes para su uso, en su sentido práctico y de ambientación cultural, a través de su identificación por la geometría y la luz, la temperatura y la ventilación, los materiales, los colores y las texturas...Esta línea, que fue un salto más en la rápida transición hasta hoy, es aún seguida por arquitecturas que la repasan y mejoran, en clara consonancia con los regionalismos y tradiciones locales. Después de una década de valores esteticistas en los 70, en los que la arquitectura no dió paso renovador alguno, enfascada en formas libres, puras, elegantes y sofisticadas basadas en las formas del Movimiento Moderno; se llegó a la abstracción que concibe el edificio como una obra de arte abstracto, evitando cualquier referencia a los aspectos cotidianos de la vida real. Se crea así la idea de edificio, sin la expresividad de su relación con el objeto, sin contacto con la realidad sensible.

De esta manera, habiendo repasado los casos más relevantes de la historia de la arquitectura en su relación con la sociedad, y definidos sus aspectos actuales, llegamos al convencimiento de que el arquitecto, en todos estos casos, ha desarrollado su actividad como servicio continuo a la sociedad, en la creación de los edificios de cada tiempo como clara representación de unos ideales que se establecen y como mejora en la calidad de vida de las personas. Ahora bien se da la circunstancia de que la propia sociedad actual no se ve representada en las formas de la arquitectura contemporánea, cuyos objetivos parecen contrarios a los que ésta le pide, con fines que no llegan a unir ambas tendencias. ¿Por qué es esto así?

En primer lugar no está muy claro que la arquitectura que realizamos tenga que ser entendida por toda la sociedad, o al menos si ésta no ha hecho antes un esfuerzo por entender las ideas que las crea. La opinión continuada en forma de crítica por aquellos que no tienen los conocimientos necesarios para ello, nos puede llevar a ese academicismo estático que lucha por la inmovilidad y por las modas en el arte y alejarnos del empeño de mejorar nuestra sociedad a través de las innovaciones que sus edificios proponen. Por otra parte también es cierto que es el arquitecto, el que tiene el deber de continuar

esa investigación y lucha por desarrollar nuevas arquitecturas que nos lleven a un modelo mejor de convivencia, lo cual en muchos casos lleva a la incomprensión de esa parte de nuestro entorno anclada aún en esquemas ya superados de organización, forma de vida y relaciones con el resto de la sociedad.

De lo que si no deberíamos dudar, es de la base de que todo el empeño que la arquitectura ha puesto desde el principio de las culturas, en crear nuevas formas, modelos de organización, técnicas de actuación y planes de desarrollo, debe seguir siendo realizado continuamente por quienes la realizan; tenemos que mantener un pulso continuado con la modernidad entendida como avance sin pausa en nuestra sociedad, que nos permita descubrir nuevas metas o un mejor desarrollo de las que ya tenemos. Estas pretensiones que deben ser comunes en todos nosotros, nos deben hacer ver que el arquitecto es el encargado, junto con otras disciplinas afines como la ingeniería, la decoración y el diseño responsables, de buscar el desarrollo de esos objetivos en unos plazos siempre cumplidos por su necesidad y a pesar de las críticas continuas a esa labor.

Si esta carrera que tiene ya muchos siglos de aciertos y derrotas, se viera parada, estaríamos ante el peligro inminente de un nuevo eclecticismo mal enfocado, confundido y mezclado con rasgos de lo popular y de una mal interpretada tradición. Y digo esto porque en los lugares donde la labor del arquitecto no llega, las tendencias son claras hacia las modas pasajeras, el escaso respeto por las formas realmente tradicionales y por los valores patrimoniales que las protegen. Precisamente quienes más hemos aprendido de ellas sabemos que tuvieron una gran importancia en su tiempo y que gracias a ellas se han logrado otros objetivos de mayor calado, pero también sabemos que hoy nuestra sociedad ya no se identifica con ellas por mucho que lo pretendamos, por lo que establecer nuestras bases en ellas es pretender volver a ideas ya superadas hace tiempo.

Si estas bases se asentaran, entenderíamos la labor de arquitectos que revisan continuamente los postulados de nuestra arquitectura, que desarrollan nuevas formas de sentir lo que nos rodea, en intentos poco comprendidos pero de enorme relevancia. En ese Movimiento Moderno lo hicieron muchos arquitectos que fueron criticados ferozmente por desarrollar pautas, que hoy nos parecen insustituibles y por establecer cambios sociales con sus ideas que aún siguen en vigor casi medio siglo después. Si aún no hemos entendido esas corrientes ni hemos asimilado sus objetivos, con mayor razón deberemos tener la paciencia suficiente para ver las metas que alcanzaremos con la arquitectura que hoy sigue su investigación incansable y que serán asimiladas de forma general por el individuo como algo insustituible. Esa paciencia deberá ser suficiente para separarnos en el tiempo y conseguir una perspectiva, que si puede ser insuficiente para juzgar el primera mitad del siglo XX, más lo será para analizar las tendencias actuales demasiado cercanas.

Posiblemente el problema radique en que el lenguaje que se emplea en esa arquitectura actual no es legible para el individuo y además posiblemente no lo será nunca, porque es ajeno a sus intereses; además a veces parece ilusorio que pueda volver una época en la que la sociedad pueda compartir el planteamiento esteticista de la arquitectura, hasta que ésta no considere este punto como el medio de expresar los fines de la arquitectura y nunca como un fin. Sin duda saber emplear los medios expresivos allí donde es posible para dar fundamento y hacer entendible la obra artística, puede ser la clave con la que la sociedad comience a entender tanto la globalidad como los detalles estéticos puntuales que ésta tenga. Todo esto será posible si además se alcanza el respeto por la idea global de cada obra, si la sociedad es capaz de adecuar a su forma de vida esos saltos que la arquitectura le plantea, si el individuo hace lo posible por entender esos cambios y avances que

siempre serán es favor de la calidad; en resumen si arquitectura y sociedad luchan por volver a colocar unos objetivos comunes que nos lleven a definir un modelo de civilización en el que los postulados y los objetos que la definen sean como la idea y la realidad, el proyecto y el producto final.

Por terminar con palabras suscritas por una profesión entera, dedicada a la cooperación sin límites con nuestra sociedad, copio el punto 3.9.2 de las conclusiones del Congreso Nacional de Arquitectos 96 en el que se resume la idea global de nuestra ponencia:

«Los arquitectos deberán difundir la arquitectura entre la sociedad en general, dotándose para ello de los medios necesarios y teniendo así un puente sobre la intermediación, que sirva de enlace con los verdaderos destinatarios de la arquitectura, que permita superar la incomunicación y el aislamiento».